

**José Luis De Diego, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*
La Plata, Ediciones Al Margen, 2001, Colección Éntasis, páginas 317.**

Como sabemos, el título del libro de José Luis De Diego es una cita literaria, sin duda se trata de una de las más memorables y conocidas de la literatura argentina de los años ochenta. La celebridad responde, entre otros factores, a la eficacia de la pregunta pues ésta logra condensar semánticamente la experiencia de la dictadura por parte de intelectuales y escritores al modo de una fórmula emblemática. De Diego insiste con la cita cuando la repite expandida en el epígrafe: “PS. A veces (no es joda) pienso que somos la generación del 37. Perdidos en la diáspora. ¿Quién de nosotros escribirá el *Facundo*?”. Esta insistencia quizás se deba a que en la fórmula de *Respiración artificial* encuentra aludidas *sub specie* metafórica las principales coordenadas que desplegará su libro: la relación entre política y literatura; las marcas de la experiencia del exilio y del terrorismo de estado en los escritores e intelectuales; su impacto en la escritura; las genealogías intelectuales y literarias. A lo largo del volumen, se reconstruyen tanto el campo intelectual como literario en la Argentina durante el período comprendido entre 1970-1986 a través de una revisión inteligente, precisa y sólidamente documentada de los ejes temáticos e ideológicos que atraviesan los debates más cruciales del período; ellos son las nóminas de las revistas, los libros y los autores que circularon o dejaron de circular según los diversos momentos (los primeros setentas, la dictadura y el exilio, la posdictadura), las polémicas entre “los que se quedaron” y los exiliados. Resulta interesante el modo en que se mantienen escindidos el dominio intelectual respecto del literario porque así se enfatizan los matices de sus diferencias y, por tanto, sus relativas autonomías: los diversos posicionamientos y discusiones políticas de índole más general conciernen a la reconstrucción del campo intelectual; al literario, las cuestiones más específicas.

En el recorrido diacrónico, se delinea un panorama desde los setentas a la posdictadura en el que se da cuenta de las diferencias existentes no sólo a lo largo del proceso global sino también en cada momento particular visto a través de la tensión entre las diversas posiciones enfrentadas. Por ejemplo, De Diego contrapone las revistas de los primeros setentas, *Nuevos Aires* y *Crisis*, a partir del lugar central que ocupa la discusión política y cultural en la primera y su completa desaparición en la segunda; *El ornitorrinco* con *Punto de vista* durante la dictadura por el carácter anacrónico que se desprende de la “profesión de fe sesentista” mantenida por la primera y la modernización crítica encarada por la segunda. En el campo literario, confronta la posición residual de Tomás Eloy Martínez, quien en 1988 reclama una vuelta a las formas de la narrativa latinoamericana del *boom* y la posición emergente representada por los jóvenes escritores del grupo *Shangai*. De este modo, evita los riesgos de caer en una perspectiva generalizadora y sus temidas simplificaciones acerca de un fenómeno tan complejo que cuestiona a su vez un repertorio de lugares comunes tan equívocos como legitimados por diversas lecturas críticas.

Otro aspecto considerable es que de Diego analiza los lugares, los modos de intervención y los procesos de (auto)figuración de los escritores e intelectuales a través de la reconstrucción de una trama, la cual al ser concebida no sólo como meramente discursiva supone una rigurosa articulación entre el orden histórico-político y la dimensión cultural. Precisamente, uno de los méritos del libro radica en la perspectiva crítica que indaga las formas en que los discursos ideológicos y culturales se encarnan en instituciones, prácticas, conductas y enunciados mediante una lectura superadora del “giro lingüístico” (y de sus consecuentes inmanentismo e idealismo) y la asignación de un lugar central para la relación entre la dimensión material y la simbólica. Entre los aciertos debería destacarse que se trata de una perspectiva problematizadora dispuesta a no eludir el carácter complejo que la relación entre estos dos órdenes posee por resultar en muchos sentidos indecible, ambigua e inestable. Esto queda demostrado por las constantes explicitaciones de los problemas “de índole histórica, teórica y metodológica” con los que se ha enfrentado en el curso de la investigación: por ejemplo, en relación al período propuesto, de Diego nos advierte que descarta la opción de delimitar su trabajo mediante “fechas de alta significación política” — cuyo resultado sería 1976-1983— porque esto le impediría incluir los “primeros” setentas que, según una de sus hipótesis, representan una línea de continuidad con los sesentas; otro ejemplo ilustrativo: cuando luego de preguntarse cuál es entre los criterios posibles (el lugar o el período de producción y el temático) el más sólido para armar el corpus de la novela del exilio, escoge el primero por considerarlo menos “arbitrario”).

En el curso de la lectura se va reconstruyendo el entramado entre política, intelectuales y escritores a través de un movimiento dialéctico que alternativamente se desliza entre el orden fáctico (que podríamos llamar el “fuera de los discursos”) y la configuración discursiva. Para dar cuenta de las

condiciones y características del proceso analizado, se postula una permanente interacción entre los dos órdenes aquí propuestos como puntos de mira intercambiables y no como una relación de causa-efecto. Por ejemplo, desde fuera, se analizan de qué modo impactan las mutaciones operadas en el campo político durante los ochentas en los debates de los escritores e intelectuales a fin de demostrar cómo los desplazamientos y sustituciones semánticas y lexicales registrados en los discursos (cabe recordar: los discursos que constituyen las polémicas de la reconstrucción y la postdictadura) no dependen estricta ni exclusivamente de una lógica discursiva interna sino más bien de transformaciones producidas en el ámbito político. Así es como el fuera adquiere fuerza explicativa en el momento de interpretar la serie de desplazamientos operados entre los setentas y los ochentas: desde “la primacía de la política” a “la reivindicación de la ética”, de la moral del compromiso a la de la responsabilidad, de “la filosofía de lo concreto a la dimensión utópica”.

José Luis De Diego pregunta con lucidez por qué “se insiste en calificar de utópica a la empresa política y cultural de los *primeros* setentas si es fácilmente comprobable que en los documentos de la época se rechaza sistemáticamente esa calificación” [en cursiva en el original], (p. 211) y encuentra la respuesta en el campo político: “la defensa de la dimensión utópica parece ser una reacción contra el pragmatismo y el *posibilismo* que atraviesa la política en los noventas, y esa reacción se funda en el recurso de *atribuir* a los setentas la paternidad de los ‘sueños utópicos’” [en cursiva en el original], (p. 214). Asimismo cuando los discursos están desbordados por un exceso de subjetivismo, el “fuera de” funciona como un sensor de los niveles de subjetividad que impregnan los testimonios y los debates sobre la dictadura y el exilio, y se constituye como “la otra escena” —para usar las palabras de Eduardo Grüner— que permite no sólo que los textos sean (en su irreductible especificidad y autonomía) sino también que se revelen como lugares donde se ponen de manifiesto “las presiones (que) la subjetividad” ejerce sobre ellos: “en cualquier caso, tanto las fuentes testimoniales como los debates durante y después de la dictadura están atravesados por una fuerte subjetividad de modo que resultan de interés para observar qué se piensa de lo que pasó, pero no siempre para investigar qué pasó. Para decirlo claramente: no se ha escrito algo parecido a una historia del campo cultural durante la dictadura, y algo similar ocurre con la experiencia del exilio” (p. 121).

Desde dentro del texto, en los dominios de la configuración discursiva, se indagan los modos en que se inscribe la experiencia y la subjetividad en los relatos sociales de los testimonios, las entrevistas y las narraciones literarias sobre el exilio y el “desexilio”. En este punto, de Diego se ocupa de demostrar de qué manera la experiencia del exilio modificó tanto la escritura como la práctica de la escritura a través de los testimonios de Daniel Moyano, Héctor Tizón, Juan Martini, Horacio Salas, entre otros escritores, y además se detiene en el análisis de la compleja relación entre experiencia/narración en la literatura de la postdictadura para explicar, entre otras cuestiones, en qué consiste la supervivencia del realismo en los años ochenta cuando esta categoría ya venía siendo severamente cuestionada. Resultan más que interesantes las observaciones realizadas en torno del realismo de los ochentas: por un lado, en lo concerniente a la identificación de una nueva concepción de *lo real* que ya no es “un orden externo y previo al que la literatura puede —y debe— transformar en su objeto, ni tampoco un orden sólo discursivo, una construcción lingüística, de *palabras*, que en el juego intertextual, no hace más que predicar su esterilidad para representar la radical alteridad de las *cosas*” [en cursiva en el original] (p. 267); y por el otro, en lo concerniente a los alcances ideológicos y políticos del realismo en escritores como Piglia y Saer para quienes la exigencia de “explorar, problematizar y densificar” lo real constituye la política de la escritura en lo que ésta tiene de enigmático e irreductible.

Por último, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* se singulariza por un aspecto formal que le asigna un lugar peculiar en el campo de la crítica argentina reciente. Nos referimos a la escritura ensayada por De Diego que despojada de tecnicismos y exhibicionismos teóricos, certera y ágil como una flecha en el aire, avanza directamente para dar en el blanco de su objeto crítico. En ella encontramos una voluntad de estilo y la concreción de una aspiración confesada al principio, aquella de “escribir un trabajo que procure apuntar a un público lector que no se reduzca a los especialistas universitarios e intente incorporarse en un debate más amplio sobre los controvertidos años de plomo, o ciegos, sobre la década vacía”.

María Celia Vázquez